

El marino español no perdió un instante su sangre fría: hizo embarcar á los niños, á las señoras, á los ancianos y después á los jóvenes, quedándose solo con la tripulación hasta el último momento.

VIII.

Mientras se efectuaba aquel siniestro pasaje, Heraclio Mondoñedo escribió rápidamente algunas líneas en una hoja de su cartera que había sacado de su escondidete, y con esa calma sombría que da la desesperación, encendió un fósforo y con él un mechero de cera; tomó una botella, metió en su cavidad los billetes de banco que hacían toda su fortuna, la tapó perfectamente con lacre, y se la puso á la cintura atada al cincho de cuero.

Salió después á la cubierta lleno de angustia, saltó el último á los botes. El capitán, que poseía uno de esos corazones que Dios eleva hasta lo sublime, y pone en los hombres que luchan con los grandes y terribles elementos de la creación, se paró en la cubierta en pos de una esperanza. Se le hacía doloroso perder aquella nave tan querida para él, ¿Cómo llegar al puerto, náufrago y avergonzado, sin el tesoro que se le había confiado? La sangre se agolpó á su cerebro, dos lágrimas aparecieron en sus pupilas, y presa del vértigo montó una de sus pistolas para abrirse las puertas del infinito. El océano y la eternidad se tocan en el horizonte. Los mástiles habían desaparecido y el buque debía sepultarse dentro de breves instantes.

—¡Al bote! exclamó el capitán dirigiéndose á sus marinos.

Estos, que veían que su capitán se quedaba en cubierta, permanecieron impacibles.

—¡Al bote! tornó á decir el bravo marino.

—¿Y vos, capitán? dijo uno de los jóvenes.

—Yo, me quedo.

—Pues nosotros no entraremos en el bote.

—Entrad, amigos míos, el buque anuncia que pronto nos abandona.

—Salvaos, capitán, dijeron los marinos; y comprendiendo la grandeza de aquel corazón se arrodillaron delante de él.

—Alzad y salvaos vosotros, quizá es tiempo todavía.

La máquina hizo explosión en aquel momento angustioso; la cubierta saltó en pedazos, y los marinos desaparecieron en brazos de la muerte. El capitán quedó un instante sobre los rotos pedazos de su buque, que se hundía pausadamente.

—¡Adios! dijo el marino tornando una mirada hacia el

puerto, cuyas luces comenzaban á destacarse entre las sombras, y arrancando de su corazón una última plegaria, bajó al abismo del océano, sirviéndole de ataúd las maderas de la perdida nave.

IX.

El vigía del puerto había anunciado ya al caer de la tarde que un buque estaba á la vista. Lo terrible del Norte hizo comprender al jefe de la capitania que el buque pasaba un mal momento, y dispuso lo necesario para auxiliarlo. Pasóse la noche en la mayor angustia, y al clarear la luz se vieron tres botes luchando con las embravecidas olas del océano. Darles auxilio era imposible. Cuando los esfuerzos del hombre son impotentes, se acude al cielo. Las sagradas campanas de los "Santos Mártires" tocaban rogativa por los náufragos, y la piedad cristiana elevaba sus súplicas al Creador del universo. De repente una lancha desapareció. Había zozobrado luchando con la muerte; el mar había salido vencedor. Heraclio Mondoñedo iba desgraciadamente en aquella lancha. Al caer entre las olas desprendió valientemente de su cintura la botella, que comenzó á burlarse de la tempestad, jugando entre las olas. Mondoñedo, al sepultarse en el abismo, dejó su secreto sobre la superficie del acéano. El registro marítimo señaló una catástrofe más en los peligrosos mares de la Cantabria.

CAPITULO XIV.

DONDE SE DA A CONOCER UNA PRENDA VIVIENTE DE LA GUERRA DE LOS CARLISTAS.

I.

El 29 de Septiembre del año de 1833, S. M. Fernando VII pagó á la naturaleza el tributo debido á la miserable condición humana. El cadáver estuvo expuesto durante algunos días y el genio de la guerra fratricida volaba en torno de aquel féretro. El nombre del rey había

sido victoreado en Balin y Zaragoza y maldecido delante del cadalso de Riego. El reinado de Fernando fué una crisis perpetua, una fiebre continua con sus sueños de sangre y de matanza. Ninguno como ese terrible monarca, enseñó á la humanidad la parte sombría del corazón del hombre. A sus mayores amigos, á los que lo habían acompañado en la vicisitudes y alentado en sus horas de infortunio, á la hora de su grandeza los arrojó al destierro, é hizo subir al cadalso. Es imposible juzgar á Fernando sin severidad, pues basta para que le condenen los corazones honrados esta simple consignación de hechos sucesivos: intrigas del Escorial; motines de Aranjuez; viaje de Francia; humillación de Bayona; felicitaciones á Napoleón y petición de una esposa; decreto del 4 de Mayo en Valencia y persecuciones. Jura la constitución y conspira contra ella, manifiesto de Cádiz y decreto del puerto de Santa María; comisiones militares y cadalsos. Hijo, conspira contra su padre; rey cautivo, es cobarde é innoble; rey rescatado, es ingrato; rey constitucional, es perjuro; rey absoluto, es déspota receloso y vengativo; ni respeta las leyes ni atiende á la razón ó sigue la prudencia; hombre es artero, inconsecuente y desleal. Reyes como Fernando son sin duda una calamidad para los pueblos, y hacen odiosa la institución que los produce. Con razón al juzgarle un eminente escritor termina con este pensamiento: ¡QUE DESCANSE EN PAZ! Es todo lo que pudieron decir los menos rencorosos. Porque en efecto, vivió sin gozar un día de reposo, y murió sin dejar sobre la tierra un amigo que llorase su muerte. Aquel hombre que había hecho estremecer á España y que se había estremecido á su vez á la presencia del menor peligro, yacía puesto en el ataúd y próximo á ocupar los tres palmos de tierra para dormir el sueño eterno.

II.

El cadáver fué conducido á San Lorenzo del Escorial, seguido de un suntuoso cortejo. El mayordomo mayor, depositario de las llaves del féretro, abre la caja exterior y levantando una puertecilla de la vicera, por un cristal que tiene la segunda examina en presencia del notario mayor de los reinos si contenía efectivamente el cadáver del rey.

Acércase toda aquella muchedumbre, y asomados al cristal siniestro, ven todavía con espanto el severo rostro de Fernando VII.

Conserva aún después de la muerte ese tinte de crueldad y de sadón que fué la predestinación de su reinado. Pregúnta

el mayordomo, y los monteros de Espinosa juran ser aquel el cuerpo que se les ha entregado. En seguida el capitán de guardias de la real persona, se acerca al féretro y clama tres veces: "¡señor! ¡señor! ¡señor!" Entonces toda aquella multitud queda inmóvil creyendo va á salir de los labios del rey muerto aquel acento que escuchó un pueblo de rodillas. Y después de un momento añade el capitán de guardias:

—"Pues que S. M. no responde, verdaderamente está muerto."

Rompe entonces en dos pedazos el bastón que él usaba en señal de mando, y los arroja á los piés del túmulo. El mayordomo cierra la caja, y entrega la llave al prior; con lo cual concluye el acto solemne, retirándose todos y cesando las descargas de la tropa y el fúnebre doblar de las campanas, que no ha cesado durante toda la ceremonia.

III.

Sobre aquella tumba se lanzó el primer alarido de la guerra civil. El príncipe Don Carlos, hermano de Fernando VII, quiso arrebatarse el cetro de la fuerte mano de María Cristina, y la sangre comenzó á correr á torrentes en la tierra del Cid y de Pelayo. Los hermanos se levantaron contra los hermanos, los padres contra los hijos, y un vapor de sangre cubría la península con un sudario de muerte. Sin tregua, sin cuartel, sin descanso, se luchaba en los campos y en las ciudades, y las disputas y los odios se ejercían hasta en el seno del hogar doméstico. Los años pasaban envueltos en sombras y llevando tras sí la sangre y las maldiciones de un pueblo dividido. Con María Cristina iba el siglo, el porvenir, la libertad. Con Don Carlos el misticismo, la hipocresía, la barbarie. Ese monarca trashumante, tenía á su lado varios hombres de capacidad y arrojo militar; entre ellos descollaba el general Cabrera conde de Morella, lanzado á la revolución acaso en contra de sus opiniones y sólo por satisfacer una venganza. Triunfante á veces la revolución "carlista," pero batida las más, menguaba insensiblemente perdiendo la sangre de sus arterias. Cabrera se disgustaba con la política de Don Carlos y más aún de los hombres que le rodeaban. El real había aumentado prodigiosamente; el infante Don Sebastián había llegado hacía algunos meses con parte de su servidumbre; antiguos criados de palacio se presentaban continuamente; nuevos gentiles-hombres, mayordomos de semana y ayudas de cámara servían en las regias habitaciones con envidia de los que hasta entonces

lo habían hecho. Títulos de Castilla y algún grande de España ornaban la corte, con disgusto de los humildes cortesanos que antes la habían formado. Guardias de honor de infantería y caballería para las personas reales; guardias de corps para el estandarte de la "Generalísima," la Virgen de los Dolores; músicas, libreas, caballos, ministerios, juntas oficiales de secretaría, famosas bolsas del despacho, ídolo de los pretendientes; besamanos, audiencias, extranjeros que iban y volvían; intrigas, enemistades, vicios: todo, todo se encontraba en el real de Don Carlos; y como á cada corte la distingue un gusto y una fisonomía particular que la domina desde el mismo trono, la corte "carlista" tuvo también un carácter propio y exclusivo.

Don Carlos, religioso de práctica, asistía á todos los oficios divinos; los cortesanos siguieron en tropel el mismo camino y poblaron los templos. Don Carlos gustaba de novenas, de funciones de iglesia; los palaciegos las fomentaron é hicieron de ellas la diversión constante de la corte; los ingenios se ocuparon en piadosas composiciones, y altos empleados cantaron gozos y letanías; Don Carlos usaba de un lenguaje místico, y en la corte se habló como en un monasterio. Don Carlos lo esperaba todo de la "Generalísima," y los cortesanos en nada contaban para los triunfos con el arrojo del soldado, pues los creían seguros é infalibles con la protección divina y las virtudes del rey. La hipocresía dominó en fin, en público, y los desórdenes de todo género crecieron en la vida privada.

IV.

El 4 de Junio de 840, sufría una derrota sangrienta el ejército "carlista" en una de las plazas fuertes de Cataluña. Espartero, el valiente duque de la Victoria, y el conde de la Morella, esos dos genios de los combates, se encontraban frente á frente en la última batalla. El destino había lanzado á la revolución "carlista" en una pendiente horrible, y aquel ejército valeroso fué derrotado completamente por los defensores de Isabel II. El príncipe Don Carlos María Luis de Borbón, sucesor de su padre en los derechos al trono de Felipe V, se había retirado lleno de desesperación del campo de la derrota, mientras el general Cabrera procuraba salvar los restos del ejército carlista.

Después de correr algunas leguas, y ya creyéndose libre de todo peligro, detúvose Don Carlos en el pueblo de**** á donde llegó con un pobre cortejo.

Súpose inmediatamente la llegada del titulado hijo del rey de España, y se le ofreció alojamiento en una de las principales casas de la población. Hízole los honores Don Rodrigo Villasana, furibundo enemigo de María Cristina y carlista de profesión.

—Amigo Villasana, dijo el príncipe, necesito descansar algunas horas.

—S. M. tiene señalado un aposento.

—Haced que nos sirvan algo de comer, nada hemos podido comer durante el día que ha durado esta infernal batalla.

—V. M. habrá salido, como siempre, vencedor.

—Sí pero á Cabrera se le ha antojado que nos retirásemos después de la victoria.

—Malo, pensó Villasana, estamos derrotados, y luego añadió en voz alta:

—El general Cabrera es un hábil soldado y V. M. debe estar tranquilo con respecto á los movimientos del ejército.

—Bien, bien, lo que importa por ahora es cenar, luego hablaremos, tengo que darte algunas órdenes.

—Estoy á las de V. M.

Villasana salió del aposento persuadido de que el ejército de Don Carlos había perdido una batalla.

V.

Entróse el hidalgo en la habitación de su esposa y le dijo al oído con misterio:

—Aurora, el príncipe Luis está en casa y viene derrotado.

La dama palideció.

—Te ha causado una grande emoción la noticia.

—Sí, Villasana tu sabes que somos partidarios de Don Carlos y este desastre nos contraría de una manera espantosa.

Hagámosle la corte á S. M. que debe salir dentro de breves horas. Entróse Doña Aurora al salón donde estaba Don Luis.

—Señor, dijo con voz trémula, nos hacéis mucho honor en alojaros en esta casa.

—El príncipe tendió la mano á Doña Aurora, y la dama pudo notar el temblor interior que agitaba al caballero.

—¿Como se encuentra la familia augusta de V. M.?

—Parece que ya todo está dispuesto, dijo el rey esquivando la respuesta; cenemos, que quiero dormir algunas horas.

Púsose á la mesa Don Luis acompañado solamente de sus huéspedes. Luego que Villasana salió á dar algunas órdenes, el príncipe tomó la mano de Aurora y le dijo con profunda ternura.

—Nos han separado los acontecimientos; pero yo no he olvidado tu cariño.

—Señor recordad.....

—Sí, que el rango de mi nombre puso una barrera entre nosotros; pero que mi alma permanece fiel al amor de Aurora.

—Olvidad todo, señor

—Aurora, dijo Don Luis con exaltación tu no sabes que estoy perdido, solo, abandonado; que hoy acabamos de perder una batalla y estoy á punto de dejar mi existencia en manos de mis enemigos.

—Me haceis temblar!

—¿Y cuando voy arrastrado por la fatalidad, sin amparo y proscrito, me cierras el único puerto de unas esperanzas deshojadas por el infortunio?

—Señor!

—Tú sabes que mi amor hacia tí ha sido grande, inmenso, arrebatado; que he comprendido todo lo noble de tu sacrificio al desposarte con este viejo servidor de mi familia.

—Por Dios, callad!

—Aurora, rechazado por tí! voy á partir inmediatamente á entregarme á mis enemigos, á morir!

—Príncipe Don Luis, tened compasión de una infeliz mujer!

—En nombre de aquellos días de apacible tranquilidad y de delirios de amor; compadécete del hombre á quien has amado por primera vez!

—No traigas esos recuerdos porque siento morirme!

La joven apoyó su hermosa frente en el pecho del príncipe, y el mansebo besó con entusiasmo aquella cabeza inclinada ante el poder mágico de las primeras impresiones.

V.

Doña Aurora era hija de una dama de honor de María Luisa; el príncipe Don Luis se había apasionado de ella terrible-

mente; Carlos María Isidro comprendió la pasión de su hijo y casó á la joven con Villasana. Don Luis la había seguido, pero siempre Doña Aurora resistía á las seducciones de aquel hombre á quien amaba violentamente. La mujer es grande aún en sus faltas. Cuando Don Luis brillaba junto al sitio del trono, Aurora procuraba olvidarle, matar ese amor que se revelaba en el fondo de su pecho. Pugnaba por arrancar la imagen que la seguía sin cesar, y con las manos en el corazón y las lágrimas en los ojos pedía al cielo misericordia. Cuando lo vió en la desgracia tornó á concederle su cariño, cedió ante el infortunio y enjugó las lágrimas de su amante.

Don Carlos procuró encerrar en el silencio su amor, pero no se apartaba de su mente la sombra de aquella mujer, de quien lo alejaba el destino ó la fatalidad. Don Luis rehusó contraer enlace alguno y estaba consagrado al amor imposible de Aurora: la casualidad lo llevaba á su lado, y en aquella noche funesta tornó á anudarse aquel amor de los primeros años arrastrando tras sí el honor de su mujer. Villasana partió con Don Luis á la campaña, dejando á Doña Aurora hundida en el llanto y la desesperación. El General Cabrera se reunió al príncipe Don Luis, tuvo con él una conferencia íntima, y el bravo soldado llamó á Villasana á su Estado Mayor.

Un año después, en un vapor que salía de Bilbao rumbo á Inglaterra, iba una tierna niña confiada á la guarda de una nodriza.

VII.

La guerra civil había terminado, y Doña Isabel de Borbón, sentada bajo el sòlio de San Fernando, gobernaba á la España, de donde había desaparecido el elemento revolucionario. Los sobrinos de Fernando VII, vencidos en el campo de la política en los de batalla, yacían refugiados en la Gran Bretaña protestando su legitimidad al trono español. El General Cabrera, acribillado de heridas y circundado de una fama militar, acompañaba en el ostracismo á sus señores. A su lado vivía una joven adoptada como hija de una rara belleza. Se llamaba Doña Blanca de Borbón. El príncipe Don Luis murió dejándola encomendada al viejo veterano, que luchaba porque el príncipe Don Juan la reconociese como legítima en la rama de los Borbones. Don Juan había rehusado; pero siempre dando esperanzas á la joven cuyo orgullo denunciaba la sangre que corría por sus

venas. Doña Blanca concurría á los salones de la aristocracia inglesa, y brillaba por su hermosura en los saraos de aquella refinada corte. Por los años de sesenta y uno conoció accidentalmente á Don Fernando Moncada, tenido por hijo legítimo del Conde del Jaral. Lo vió en el teatro sin que el Conde lo hubiera percibido y se enamoró de él, en una de aquellas excentricidades hijas del clima nebuloso de Inglaterra. Indicó á uno de sus amigos que lo presentase en la casa de Cabrera, pero Don Fernando atravesaba en la misma tarde el estrecho de Calais, dirigiéndose á París, donde lo esperaba el General Almonte. Don Fernando conferenció con los partidarios de la "intervención" y tomó pasaje para México, donde se encontraba organizando los trabajos preparatorios de la monarquía.

VIII.

Antes de que la convención de Londres se ajustara entre las naciones signatarias, brotaron como por encanto las candidaturas, y en España se pronunció el nombre de Don Juan de Borbón, tío de Doña Blanca. Cabrera encontró la oportunidad de proponer á su señor el reconocimiento de la joven, y Don Juan respondió que de aceptar el trono de México haría en América el reconocimiento. El viejo Conde de Morella se presentó en la cámara de su pupila.

—Doña Blanca, la dijo con voz trémula por la emoción, tenemos que separarnos y acaso para siempre.

—No os comprendo, señor.

—Dios me concede que antes de bajar al sepulcro os vea entre la augusta familia de los Borbones.

Enrojecióse el rostro de la joven: aquellas eran tal vez las primeras palabras pronunciadas por Cabrera que recordaron á la joven su nacimiento.

—Vuestro tío, prosiguió el Conde, mi augusto amo, me ha ofrecido formalmente el legitimaros.

—¿Os lo ha prometido, Conde?

—Sí.

—Pero me hablais de separación y.....

Limpióse el viejo general las lágrimas que empañaban sus pupilas, y tomando la mano de la joven, continuó con voz conmovida.

—Os he amado como á mi hija; vuestro padre al morir me encargó velase por la existencia de la tierna niña proscrita y en ajena tierra.....he cumplido fielmente, ¿no es verdad?

Doña Blanca se estrechó al corazón del veterano.

—Pues bien, en vuestras manos está el destino: la candidatura del trono de México se la ofrecen aunque en reserva

pero oficialmente á Don Juan.

Acabad.

—El rey me ha dicho que en aquel país y á la proclamación de la monarquía en América os reconocería..... Partid, haceos su agente en el mundo de Colón, yo os daré la clave de este negocio, os pondré en contacto con los mexicanos que en la actualidad trabajan por el establecimiento de la monarquía.

—Partiré á Francia, dijo resueltamente Doña Blanca, tomaré los hilos de esta trama, y veréis si llevo á Don Juan al solio de América.

—¡La sangre de los Borbones! exclamó el Conde de Morelia.

IX.

Doña Blanca partió á París, habló con los emigrados, se puso en contacto con los hombres más influyentes de la situación y tomó pasaje en el Conway que partió para México el 1.º de Abril de 1861. La joven venía al cuidado de un inglés, y viajaba de incógnito bajo el nombre de Rosa Lee, pasando por hija de un negociante.

Cabrera había puesto á su disposición una suma enorme situada en una de las primeras casas de América. La fatalidad reúne á los seres á quienes ha de perder. En el mismo buque venía el Conde del Jaral, hizo las amistades con Doña Blanca, y en un mes que duró su navegación, sus almas se comprendieron y un amor intenso, pero sombrío, se apoderó de aquellas dos almas predestinadas. Doña Blanca hizo creer á Don Fernando que su padre estaba arruinado y que venía á México en pos de una colocación; que por lo tanto no extrañase que no lo recibiera, porque acostumbrado al lujo en Inglaterra, le era penosa la pobreza en América. El Conde respetó la situación de la joven y no volvió á preguntarle más sobre estos asuntos de familia. Doña Blanca tomó la casa de pobre apariencia ya conocen nuestros lectores, para aislarse al abrigo de las sospechas y poder estar en relaciones con los conspiradores con más libertad. En cuanto al sacristán estaba perfectamente pagado, y sin sospechar lo que pasaba, servía fielmente á la hija de Don Carlos Luis de Borbón.



CAPITULO XV

DE COMO SALEN A LA CARA LOS NEGOCIOS HECHOS A
CENCERROS TAPADOS.

I.

Ibamos diciendo que el Alcalde de casa y corte, es decir, el ayudante de acera, recorría como un sabueso la casa de Rosa, sin encontrar algo que pudiera presentar al Ministerio de la Guerra como cuerpo del delito para una conspiración.

—Aquí había un cuadro, decía el Alcalde Ronquillo mexicano; no hay duda, recuerdo que era una Santa Catarina con la cabeza de su padre, yo no olvido nunca los pasajes de la Biblia.

—No había nacido esa santa señora en tiempo de Jesucristo, dijo un leguleyo que acompañaba al alcalde.

—Amigo mío, una autoridad nunca se equivoca, yo digo y afirmo que era Santa Catarina vestida de mora, y no hay más que pasar por ellos.

—Y yo no insisto, repuso amostazado el tinterillo, que la santa nunca se vistió turbante.

—Acérquense los soldados y amarren á este señor.

—¡Es un atentado!

—Más lo es la contradicción perpétua en que vivimos.

—Yo concedo que Santa Catarina.....dijo el inleiz tinterillo procurando dominar su rabia.

—Eso es otra cosa, ya no se acerquen los soldados, ni lo amarren, la fuerza de mi lógica lo ha convencido; prosigamos el cateo en las arcas del sacristán, estos hombres suelen ser los órganos telegráficos de las incógnitas conspiraciones.

—Qué bien habla el señor secretario!

Abrieron el armario antidiluviano del sacristán, y comenzó un registro escrupuloso en piezas de ropa y papeles.

—Busquen ustedes, decía la autoridad, puede que en las camisas esté escrita la correspondencia.

Los agentes continuaban con una curiosidad horrible:

ya extendían un pantalón, ya una chaqueta, ora una camisa, ora unos calcetines.

—Aquí, aquí está, gritó el Alcalde de repente, ya la encontré.....ya la tengo!.....ya la poseo!

—¿Qué pasa? preguntó el secretario.

—Vea usted y dé fe de lo que va oír.

“De las ocho á las nueve Doña Guadalupe, de las nueve á las diez á Pepita, y toda la tarde, á Don Joaquín y Don L. N.”

—¿Y qué? preguntó aturdido el secretario, de ahí no resulta sino que á esos señores les toca algo cada hora.

—Ese “algo” precisamente es lo que se tiene que averiguar; sobre todo estas iniciales de L. N. trascienden á Luis Napoleón; aquí hay algo.

—No había caído en ello, dijo el secretario, esto es un misterio.

—Algo.....algo.....repetía la autoridad, y seguía el cateo en toda su plenitud.

—Ya lo encontré, gritó el secretario.

Todos se volvieron hacia el rebuscador de cuerpos de delitos.

—Vea usted, señor Alcalde, esto es más que “algo,” estas sí son pruebas claras como la luz del día, como dice el rey Don Alfonso el sabio, oigan ustedes: “Durante los cuarenta días se reunirán todas las noches á celebrar junta los señores.....”

—¡Silencio! gritó el Alcalde, y venga acá ese documento; todo se ha descubierto, la conspiración iba á estallar, lástima es que no encontremos otro individuo á quien soplar á la cárcel.

II.

El edificio donde está situada la cárcel es la antigua Acordada del tiempo del vireinato. Dos patios grandes y dos pequeños marcan los departamentos de las piezas de ambos sexos. El primer patio es de un cuadrilátero cerrado por arcos de cantería, con departamentos en la parte superior e inferior. Los corredores sirven de paseo á los presos, y en los cuatro lados están los salones y calabozos dormitorios. En el centro del patio hay una fuente. Los aposentos están mal ventilados, y el edificio puede ser todo menos una cárcel, le faltan las condiciones higiénicas y la seguridad. En el patio interior están unos calabozos de dos varas de ancho por seis ó siete de longitud, tienen una puerta y una claraboya: estas

bortolinas se llaman "separos," á causa de permanecer en ellos los reos durante el período de la incomunicación. Los dos patios que formaban el departamento de mujeres, y la capilla, han desaparecido en el alineamiento de la calle que desemboca al paradero del ferrocarril de Tacubaya. Los reos políticos habitaban los "separos," y hace poco tiempo se leían en las paredes los nombres más célebres de los partidarios de uno y otro bando. Mondoñedo fué conducido á la ex-Acordada y se le encerró en el calabozo número 4.

—Esto tiene mucho de simbólico, pensaba el estudiante, el número 4 es cabalístico, representa el número de letras que tiene el nombre de Rosa, las "cuatro apariciones" y las cuatro estrellas que encierran la constelación de la Osa mayor.....A propósito de osos, no me parece malo el que he desempeñado en esta aventura, sólo el provecho del dinero voy sacando en limpio. Lléveme el diablo si comprendo una palabra, estoy más embrutecido que el Alcalde, y eso que es un animal de primera fuerza, ¡Demonio! ir de aquí á un Consejo de Guerra, pues estoy divertido!

El cerrojo del calabozo se descorrió y el Alcaide se presentó con toda la majestad de su posición.

—¿Usted es Don Manuel Mondoñedo?

—Presente, gritó Mondoñedo.

—Tenga usted este papel y no diga á nadie que yo se lo he traído.

—Está bien.

—Ahí están dos estudiantes á quienes he permitido, extralimitando mis facultades, que pasen á estar con usted cinco minutos.

—Usted es el mejor de los Alcaldes, gritó Mondoñedo, y trató de darle un abrazo al cancerbero de la prisión.

—Alto, alto ahí, amiguito, á mi nadie me seduce para que atropelle el reglamento.

—Yo no trato de seducir á usted con halagos, sino de manifestarle mi gratitud de una manera particular.

—Pues no me la manifieste de una manera tan viva; con que nos vemos y mucho sigilo, voy á que entren los estudiantes.

Luego que desapareció el Alcaide, Mondoñedo leyó el billete: "No tenga usted cuidado, pronto estará usted en libertad."

—Ya me esperaba esto, voto al diablo! mi dulce y adorada Rosa no había de abandonarme, estoy seguro de no pasar aquí la noche.



III.

Felipe Cuevas y Santiago González, embozado en unas capas viejas y echándola de misteriosos, penetraron en el calabozo de su amigo. Felipe, que era un hombre de lápiz y cartera, después de saludar á su camarada, se puso á retratar al Alcaide en uno de los lienzos de la pared. A los tres minutos y con la exactitud de Daguerre, la imágen del encargado de la prisión aparecía en el fondo del calabozo con los tintes magníficos de la caricatura.

—No le falta más que hablar, dijo Mondoñedo.

—Ni eso le falta, observó Cuevas, porque los retratos no hablan.

—Cuenten algo de nuevo, que me fastidio ya de ignorar lo que pasa en nuestro círculo.

—Nada, respondió Cuevas, te he buscado cien veces para contarte un asunto muy sencillo; hace dos noches que he cometido simplemente un homicidio.

—¡Hombre!

—Como lo oyes, tengo testigos.

—¿En Nueva York?

—Nó, en México.

—Entonces es á tí á quien busca la policía.

—Puede ser, pero eso es cuanto de ella; prosigo, yo he matado á un prójimo por tu causa.

—¿Por la mía?

Precisamente se me ocurrió salvarte de algo que te amenazaba; me fuí en dirección de tus barrios.

—¡Bárbaro!

—Me puse anoche en acecho, cuando veo llegar á un bulto y rondar el balcón de tu adorada.

Mondoñedo se inmutó terriblemente.

—El bulto era un hombre que seguramente esperaba alguna cita.

Mondoñedo puso más atención.

—Estoy seguro, continuó Felipe, de que á ese hombre lo aguardaban, porque al sonar las doce, la vidriera del balcón rechinó y un bulto blanco se dejó ver.

El desgraciado amante de Rosa sentía unos vapores, que temió un ataque de apoplejía.

—Sigue, hombre, que me estás martirizando.

—El bulto se vino en dirección á mí, yo soqué el fierete y reñimos como unos desesperados; ¡diablo! eso sí era puño, pero como yo estaba atarantado por el aguardiente, me le fuí á donde y lo atravesé de parte á parte.

—Amén, dijo Santiago Cuevas.

—¿Estás seguro, preguntó Mondoñedo, de no haber soñado?

—No, hombre, sobre que el florete conserva aún la sangre.

—¿Y el matado no dijo algo al morir?

—Si los matados no hablan, observó Santiago González.

—Quiero decir, ¿que si no dió voces el herido?

—Nó; procuraba mucho ocultar el rostro, y no hizo el menor aspaviento al escurrírsele mi florete por el pecho.

—¿Es cosa singular!

—Los criados de la casa salieron, pero yo puse piés en polvorosa.

El pensamiento del estudiante estaba metido en una maraña terrible; celos, dudas, contradicciones, sospechas, todo lo acosaba al mismo tiempo.

—¿Qué diablos tienes?

—Nada, pero necesito saber mucho; tú ignoras que la policía ha puesto entredicho á la casa, y que del sacristán abajo todos han desaparecido.

—Iré á indigar.

—Nó, no te lo permito; vas á cometer otro horror y me comprometes.

—Pues aguardaré tus órdenes.

—Vamos á otra cosa; ¿que pasa con Isabel?

Santiago González se restregó las manos.

Felipe, con su aire melodramático, respondió:

—No voy tan mal, la muchacha se ha apasionado de mí.

—En este caso, de los dos, porque ella está en correspondencia conmigo.

—Eso no puede ser, yo soy su último amor.

—No importa el número, yo seré su penúltimo, me es igual.

—Explíquense, con mil diablos.

—Es muy sencillo, dijo Cuevas, yo la he depositado en la casa de Santiago, y éste, abusando de su situación topográfica, me trata de soplar la dama.

—Ya te la soplé, y tengo pruebas auténticas.

—Es falso.

—¿Es que yo no miento!

—Es que yo digo la verdad!

—Pues decidamos al box quien es el dueño de la prenda.

Y diciendo y haciendo, los dos estudiantes se despojaron de las capas, y Mondoñedo se subió sobre el banco del calabozo para presidir el duelo.

Arremetió Felipe Cuevas; pero Santiago era más ágil, y sacando el cuerpo dió contra la pared su adversario.

—Bravo! gritó Mondoñedo.

Cuevas descargó un puñetazo sobre el estudiante, que lo dejó atarantado.

—Adelante! clamaba Mondoñedo; golpe á golpe.

Santiago tiró una patada á Felipe, que lo hizo encorbarse como un arco de violín.

—Zaz! gritó Mondoñedo, le has roto el hueso del "esternón."

Cuevas logró afianzar el pié de su adversario y dió en tierra con Santiago González.

Santiago González tiró con tal fuerza un mechón de la cabellera de Felipe Cuevas, que lo dejó "tonsurado."

Era tal la algazara, que el Jefe del departamento acudió al calabozo.

—No hay que mezclarse, dijo Mondoñedo, deje usted que siga el duelo, esto es lógico.

—Aquí no hay lógica, señores; si continúan ustedes, los consigno al Juez de turno.

—Eso es otra cosa, dijo Felipe con el ojo como una vejiga; yo estoy acostumbrado en los Estados Unidos á respetar á la policía.

—Lo mismo yo, dijo Santiago algo alarmado por la amenaza; cedo ante la autoridad, y perdone si no sigo hablando porque tengo una quijada hecha pedazos.

El alcaide llegó al calabozo.

—Señor de Mondoñedo está usted en libertad; puede usted salir con sus amigos.

—Estamos de fortuna, observó Cuevas, la ropa no ha recibido lesión alguna; en cuanto al pellejo, se remienda solo.

IV.

Varias personas de influencia, se acercaron al Ministro á solicitar la libertad de Mondoñedo; pidiéronse los documentos presentados por el alcalde, y resultó que uno de ellos era la lista de las beatas y la distribución de turnos para "velar" al Santísimo y el otro papel, el programa de los "Desagravios," con la lista de los socios de la hermandad.

